

Un cuento y una carta

María de Miguel y Gallo*

Saginata

Saliste de la consulta con aire preocupado, yo te esperaba con el índice posado en el signo Escorpión, y allí me lo dijiste, tengo una tenia. No permita que los imprevistos la distraigan, rezaba mi horóscopo. A mí me sonaban las tenias de los documentales del Geographic, las asimilaba a orugas de cuatro ojos que invadían el intestino y se hacían fuertes a base de acaparar lo que les llegaba, es decir, aquello que alguien había aderezado de manera seductora, cuando menos cariñosa. Qué ingrato, el parasitismo. Regresamos a casa callados, en el 42, sin quererlo fuiste enroscando la receta entre los dedos —lo que hace el subconsciente—, incluso abombaste el extremo en el que quedaban las eses, las de Seguridad Social, de forma que aquel gusano de papel semejaba lucir un par de anzuelos para anclarse, una lombriz de celulosa comiendo de tu palma. La tenia te consumía el pensamiento; insististe durante todo el trayecto en contener el aire para terminar con ella, aguantabas y aguantabas hasta ponerte lívido y después inspirabas con fuerza y yo la suponía volando hacia las lindes del colon, entre heces, pero, claro, para una tenia aquello debía de ser papilla de frutas. Mientras tanto mirabas por el cristal con la mano pegada a la hebilla, sobre el ombligo, como si palpando el cuerpo del delito te sintieras portador de algo, molesto pero vivo. Quizá precisaras ese tipo de consuelo. Al apearnos saltaste con cuidado y sospeché, sólo fugazmente, que el instinto paternal comenzaba a hacer presa en ti.

Esa tarde duplicaste tu merienda; yo había bajado a la farmacia para encargarte las pastillas, pero el efecto sería lento, lo había comentado el doctor. Nunca entendí ese exceso de celo por no revelar, llanamente, que la tenia te iría devorando las

vísceras con risita soterrada. Cuando quise darme cuenta habías acabado con tus tostadas y mis magdalenas, pensé que eran los nervios, y no ella, los que te impulsaban al acopio como en una cocina sitiada. Adiós, cora, me soltaste al girar la puerta, necesito despejarme. ¿Cora? Siempre me dijiste corazón.

Aproveché el respiro para acercarme a la biblioteca e instruirme, hojeé aquellas ilustraciones de ciencia-ficción selladas con un escueto pie de foto, *T. saginata*, cestodo intestinal de aspecto aplanado. La tenia miraba con picardía a la cámara, exhibía una tira de segmentos en interminable aposición, la exhibía como presumiendo de un mérito, me he construido a mí misma, estas son mis proglótides. Me fui sin cerrar el libro y, ya de vuelta, entré en el videoclub y pedí *La guerra de las galaxias*. Me la llevé subtitulada, tanto daba, era una urgencia.

A las nueve llegaste a casa como quien llega de un tióvivo; entonces me lo preguntaste, qué hay de ce. Te observé con ese gesto mío entre el estupor y la desazón, lo heredé del abuelo, de sus tiempos de carlista. Disculpa, quise confirmar. Que si hay menés para ce, cari. Ahí empezó la debacle, tus palabras rotas, mi remover la minestrone rayando el fondo del cazo. Cuando me recompuse habías fulminado tu ración de menestra, rebañado la mía; ni un triste corrusco quedaba según me describiste al directer presidien la junt con la braguet abier. Te sonreías a medias, como si te faltasen los dientes; la saginata se carcajeaba con dentadura postiza desde un recodo de tu duodeno. La imaginaba tragando tus sílabas, mezclándolas con guisantes; encadenando palabras cada vez más largas que ya te abarcaban el intestino. Ahí estaba, hilando «gastroenterocolitis» entre risitas soterradas, masticando tus letras, las nuestras, engulléndolo todo.

Ángulo muerto**

Verme con falda y preocuparte era todo uno. Sabías que mostrar las piernas era signo inevitable de mi tristeza y, aunque siempre respetaste mis manías, esos días me abrazabas con tal afán que no había ángulo por el que escurrirse, y así me quedaba dentro, dormida en ti.

Acepto los pantalones por más que cierre los ojos y no logre desterrar tu ausencia. Ayer bombachos, hoy piratas, mañana de pana; acaso la avenencia entre destino y gravedad no sea más que una ilusión; acaso ambas leyes me fuercen a seguir, aunque sea disfrazada.

La araña de la esquina del techo se mueve con parsimonia. Traslado el ángulo muerto de mi campo visual a la esquina del techo, la de la araña.

Me pregunto si el talante con el que amanecen mis días, el que me hace buscarte por los ángulos del techo antes de

perderme en la lucidez, es una prolongación de aquel que experimento en los sueños. ¿No serán los minutos los que lo van definiendo? A fin de cuentas, ellos nos dan cuerpo, quién sabe si identidad. Somos una sucesión de minutos, me lo decías cuando te sometían a ese estudio del sueño que te obligaba a visitar el Marañón cada mes. Pasabas la noche con dos cámaras enfilando tus movimientos —nunca diste con su ángulo muerto— y salías con un informe de tus avatares nocturnos: 3:00 AM sueño REM, 3:20 AM ondas alfa, 5:00 AM agitación y contorsiones, 6:10 AM placidez. Me lo leías con la inocencia del que no se entera. Te hacían dormir con un batín ridículo que apenas te cubría la entrepierna y enseguida naufragabas bajo la manta, movido por el decoro; yo te dejaba en la cama con un beso en la frente y unos cuantos electrodos dándote un aire raro, manipulable; el del corazón, desobediente, insistía

* Inmunóloga y traductora, Madrid (España). Dirección para correspondencia: mmiguel4@yahoo.es.

** Carta ganadora del IV Concurso Antonio Villalba de Cartas de Amor, convocado por la Escuela de Escritores (<www.escueladeescritores.com>).

en despegarse y necesitaba un refuerzo de esparadrapo para aferrarse a tus latidos. Todo para que tus sueños quedaran traducidos en un alternarse de maremotos y marejadas que dos agujas lerdas reflejaban en un papel satinado, sin sentimiento.

La araña aguanta la respiración. Mueve los ocelos en dirección a otra esquina. Una araña observadora.

A primera hora abrías los ojos y el médico arrancaba la tira que, escupida por el monitor durante la noche, aparecía por las losetas enroscada sobre sí misma. También tú te enroscabas en algunos momentos, lo confirmaba el vídeo, luego te estirabas y parecías más adulto. El registro mostraba una línea de valles y picos en gris; a veces la cordillera se detenía por falta de tinta o de oxígeno, pero enseguida remontaba hasta casi salirse del papel, como si alguien te hubiera recordado que, también dormido, debías respirar. Era yo. La misma que iba a recogerte y te encontraba en la habitación desvistiéndote de aquellos sueños que, reacios a abandonarte, giraban vertiginosamente por tu conciencia. Un caleidoscopio, me decías sonriendo. Entonces te cogía de la mano y nos invadía una intensa sensación de realidad, como si juntos nuestros sueños fueran más lúcidos o nuestra vida un falso despertar, nunca quisimos saberlo. Me confesabas, Sonia, no me siento cómodo cuando me observan los sueños. A ver si voy a estar siendo erótico, petulante o incluso procaz. Te preocupaba especialmente el sueño de las cinco, el de la agitación y las contorsiones. Temías que alguien lejano a

nosotros supiera de tus ángulos muertos; jardinera de secretos, me llamabas. Yo callaba porque creía conocer hasta el último de tus ángulos, pero por si acaso te pedía, cuéntame tus sueños, cuéntamelos.

La araña ha decidido cambiar de esquina. Cinco patas en el aire y tres en el techo. Se la está jugando.

¿Mostramos un estado de ánimo cuando soñamos? Sin duda. Amaneciste ovillado sobre la almohada con una sonrisa tremenda y un lapicero en los dedos; era uno de tus viernes de hospital y te encontraron con el electrodo del pecho totalmente despegado y la cinta de papel viajando por el suelo, como muerta. En ese instante, el registro del monitor lucía calma chicha. Una voz en bata blanca me condujo hacia el ángulo del biombo y me contó que el gran latido te había llegado con el sueño de las cinco. El de la agitación y las contorsiones.

La araña no está en su esquina. Para ser araña, arriesgaba demasiado. Me pica el cuello.

No he vuelto a soñar. Me despierto con el ánimo húmedo y los sueños a medio tejer, estériles; acaricio bajo la sábana el cuaderno de imágenes con las que pintabas la noche, tus desvelos fértiles. Me incorporo y conforme las voy repasando —jamás me dibujaste con falda— introduzco el anular por el canutillo y siento, aferrada a tus latidos, que es tu alianza la que me rodea, ese ángulo muerto que ni la más lerdá de las agujas fue capaz de descubrir.

¿Quién lo usó por vez primera?

Feromonas

Fernando A. Navarro

Cabrerizos (Salamanca, España)

Hoy las feromonas son bien conocidas, incluso entre quienes no han estudiado biología, como afrodisíacos naturales para seducir y conquistar al sexo opuesto. Pero en 1959, cuando el alemán Adolph Butenandt descubrió la primera de ellas, los científicos no se ponían de acuerdo en cómo llamarlas: ¿ectohormonas?, ¿telergonas?, ¿transcitanes?

El término que se impuso a la larga, ‘feromona’, lo propusieron en las páginas de *Nature* el bioquímico alemán Peter Karlson, del Instituto Max Planck de Bioquímica de Múnich, y el entomólogo suizo Martin Lüscher, del Instituto Zoológico de la Universidad de Bonn. Y respaldaron su proposición con el apoyo etimológico de dos términos griegos:

Referring to Starling's original definition, Bethe called such substances ‘ectohormones’; the name has been used by some authors but rejected by others. The most common definition of hormones to-day is that they are the products of endocrine glands. This should not be lightly expanded and diluted; in fact, it would be preferable to create and define a new term.

We propose, therefore, the designation ‘pheromone’ for this group of active substances. The name is derived from the Greek *pherein*, to transfer; *hormōn*, to excite. Pheromones are defined as substances which are secreted to the outside by an individual and received by a second individual of the same species, in which they release a specific reaction [...] [P. Karlson, M. Lüscher. ‘Pheromones’: a new term for a class of biologically active substances. *Nature*, 1959; 183: 55-56].

Como toque erudito no está mal, pero su recurso al inexistente verbo griego *hormōn* me hace albergar serias dudas sobre el auténtico origen etimológico de su propuesta. En mi opinión, lo más probable es que Karlson y Lüscher no tomaran directamente del griego el segundo elemento de su neologismo, sino más bien del alemán *Hormon* o del inglés *hormone*.